

## RESEÑA

### Un espejo entre sombras (Sobre *El Color de la Sombra*, de Giovanna Giglioli)

En uno de sus cuentos la autora escribe: *"Con el duro trabajo de los años me construí un espejo entre eucaliptos, cuatro metros de altura y tantas hojas cuantas son las cambiantes facetas de la vida. Ahí yo me miraba para verme y al mirarla mi imagen reflejaba los árboles redondos y la luna y el paso despacioso de los días."*

Un espejo para las múltiples facetas de la vida.

Unos cuentos, unos textos, un jardín en sombras con un espejo en medio.

Pensando en esto recordé un viejo refrán taoísta: *"El hombre perfecto emplea su mente como un espejo. No retiene ni rechaza nada. Recibe, pero no se queda con nada."* Los taoístas se refieren a la mente del sabio; yo me tomo la libertad de referirlo a estos textos que también son como espejos: no porque reflejen o representen una realidad claramente definida; sino, por el contrario, porque reflejan sin retener, reciben sin guardar -en otras palabras: no se esfuerzan por seguir una línea definida, un contorno rígido ni en el espacio ni en el tiempo ni en las situaciones que narran. Si algo aparece en la superficie cristalina, fluye por ella en continua libertad y así como viene se va: el espejo es incapaz de retener las imágenes que habitan fugazmente su superficie.

Y más aún, estos textos son espejos envueltos en sombras de colores: las imágenes corren el feliz riesgo de desdibujarse, de perder definición y divagar por recuerdos, expectativas y sentimientos como si todos fueran parte de un mismo espacio de juego, permisivo y poético. Como si la autora pusiera voluntariamente, frente a este espejo, algunos gestos, algunos personajes, algunos recuerdos, pero el espejo la traicionara: lo

que refleja se desvanece frente a sus ojos atónitos: no hay nada definido ni seguro, sólo sombras coloridas en un continuo discurrir entre memorias, enredaderas, ausencias, *"palmeras enanas y grandes caracoles"*, camellos, paisajes bíblicos y oficinas académicas... las imágenes, como voces entremezcladas, llegan al texto y fluyen sin barreras: todo es relevante precisamente porque no hay ideas, dramas o historias nítidamente delineadas que se le impongan al lector: al mismo tiempo y en el mismo lugar podemos encontrar a Sara y Abraham junto a técnicos y camarógrafos de un teatro iluminado; o podemos conocer otros planetas *"gracias al ardid de los poetas"* y no por los conocimientos de una astronomía que aún no se ha inventado.

Este es un mundo sin cronologías, una geografía difusa y sorprendente... y no es que gracias a ello éste sea tan sólo un mundo posible... más bien es el mundo de las posibilidades... Y es en este espejo de posibilidades donde la autora parece encontrar un ambiguo placer divagando por jardines sombríos donde también la nostalgia y la sonrisa juegan a vivir sin ataduras.

Basta dar una vuelta, caminar sin prisa y poner atención, para encontrar en ese jardín colorido, debajo de grandes eucaliptos, a una niña que es mujer al mismo tiempo; la niña que es mujer se niega a que le operen las amígdalas y la mujer que es niña lo lamenta, lo lamenta con la misma nostalgia con la que ahora contempla a su amante cansado del amor, el mismo con quien en otros tiempos se amaba locamente hasta que el frío de la noche los encontraba acostados contándose cuentos fantásticos hasta caer dormidos.

Jardines, sombras de colores indefinidos, recuerdos y ausencias, todo reunido en un resbala-

dizo presente que a la vez aparece como añoranza y búsqueda, como el ánimo incansable de quien siempre quiere más de la vida.

Y así la nostalgia y la búsqueda se unen en un punto que divaga por un paisaje ensombrecido, sin temor a extraviarse. La prisa, los trabajos, las rutinas también quedan ensombrecidas; porque este es el espacio del juego, del amor y las despedidas.

Parece entonces como si en estos cuentos ninguna imagen tuviera privilegios, como si ningún momento debiera tener preeminencia; las direcciones se confunden y cuando vamos al Sur terminamos en el Este, y lo mejor de todo es que no importa: esas desviaciones, esas pérdidas, ese vagar sin rumbo prefijado, son quizá las mismas sombras que en el camino de una vida van dejando nuestros errores, nuestra incertidumbre, nuestras indecisiones y nuestros triunfos. Sombras difusas que danzan despreocupadas en un espejo unas veces alcahuete y otras veces verdugo.

Por otro lado todo esto no supone un caos narrativo, sino un orden con una lógica propia: la lógica carnavalesca de quien no teme perderse, soltarse y topar los días con una sonrisa y un asombro de niño... la lógica de quien no sacrifica sonrisas para evitar lágrimas.

Y así, momentos que no son parte de una historia lineal se reúnen bajo una carpa de circo que los une entre payasos y cuerdas flojas: el placer de la aventura y el riesgo de caer son sólo dos rostros del personaje policéfalo que se pasea por este jardín entre las sombras de colores. El mismo personaje que en otra de sus formas es una iguana eurocéntrica, una iguana que abrazada a un marinero llegó a América en una tarde lluviosa para atravesar la selva tropical y terminar en una aldea oscurecida que le revela el *"pánico platónico al mundo indescifrable de la sombra"*, y a la que habría de retornar una y otra vez víctima de un hado incomprensible que le impide *"distinguir la verdad de la fantasía"*.

Tal vez sea que la autora no ha podido ni querido evitar ver por las hendijas y no por las ventanas. La falsa amplitud de lo explícito, que también puede ser la fácil expresión de lo cursi, está por completo ausente. Estos textos que son espejos no sólo reflejan sin retener, sino que ab-

sorben, aunque sin aferrarse a nada. Así como llegan las imágenes -como aventureros caminantes que se detienen a descansar en algún recodo de su espontánea ruta- el texto las deja partir sin condiciones, seguro de que al instante recibirá otras nuevas.

Estas imágenes llegan, se van y retornan, son destellos de paisajes, emociones, recuerdos y fantasías que van pasando por el espejo sin quedarse nunca aferradas a la superficie, van y vienen con una libertad casi inmaterial: como sombras que azarosamente se forman y deforman sin moldes ni fines previstos o definidos; flujo y reflujo de colores, olores, pequeños placeres y dolores que a la vez son raíz y fruto de la nostalgia y la aventura... Un carnaval de sombras... y en fin ¿cuál es el color de estas sombras escurridizas, de estas figuras que fluyen por este espejo en claroscuro? Quizá el secreto está en que no hay una palabra para ese color indefinido, a pesar de que al leer los cuentos sentimos que podemos intuirlo.

Y así es como este lápiz sin anclas, esta voz sin deberes absolutos, condenada para siempre a castigar su propia infidelidad con otras nuevas, no nos ofrece definiciones, no evoca contornos perfectamente delineados, y no encasilla nada -ni siquiera a sus lectores. Aquí la lectura es una fluida trayectoria acompañada por la difusa nostalgia de la sombra, de la insinuación; aquí los puntos finales también son signos de pregunta, signos con un papel vacío por delante: preguntas que no podrían contestarse pero que sí podrían escribirse.

Y así por ejemplo podríamos preguntarnos si el tiempo es en el fondo una ilusión, si realmente en la vida -y más aún en la vida de quienes escriben- se intercambian tan fácilmente los lugares, los rostros, las historias y los sentimientos, y con qué fin lo hacen.

La autora dice: *"Yo también te amo, hermoso caballero que enciendes entre mil enredaderas las luces de mi espejo en el jardín"*; así, también el amado ilumina aquel espejo, que como el texto mismo, baila entre sombras en un jardín casualmente lleno de enredaderas. La luz del amado se confunde con las sombras del jardín y entonces también podríamos preguntarnos ¿por qué tiene el amor que confundirse con las sombras?...

¿es que el amor es acaso un eco, una voz apenas insinuada entre los ruidos de las memorias lejanas y ajenas, es acaso el amor un destello en un espejo infiel... algo fugaz que de alguna manera indiscernible termina quedándose?

Estos cuentos pueden suscitar éstas y muchísimas otras preguntas. Pero, ¿y las respuestas?

Partiendo de estos mismos cuentos me atrevo a decir que quizá las respuestas son del color indefinido de las sombras... que quizá las respuestas tengan la contextura de un suspiro: ese término medio entre las palabras y el silencio.

Esta Revista se terminó de imprimir en la Oficina de Publicaciones de la Universidad de Costa Rica. Su edición consta de 700 ejemplares. Se finalizó en el mes de febrero de 1999.

Universidad Rodrigo Facio  
San José, Costa Rica, A.C.

Víctor Alba De La Vega

LA EDITORIAL DE LA UNIVERSIDAD DE COSTA RICA INFORMA QUE TAMBIEN PUBLICA LAS SIGUIENTES REVISTAS CON LOS MISMOS PRECIOS DEL PRESENTE EJEMPLAR

TITULO DE LA REVISTA

ÚLTIMO NÚMERO PUBLICADO

Revista de Agronomía Costarricense	Nº 41, Nº 2, 1997
Anuario de Estudios Centroamericanos	Nº 23, Nº 1 y 2, 1997
Revista de Estudios Tropicales	Nº 46, Fasc. 3, 1998
Revista de Ciencia y Tecnología	Nº 119, Nº 1 y 2, 1995
Revista de Ciencias Exactas	Nº 200, Nº 1 y 2, 1998
Revista de Ciencias Sociales	Nº 13, Nº 1, 1999
Revista de Educación	Nº 37, Nº 2, 1997
Revista de Estudios de Lingüística Caribeña	Temp. VII, 1997
Revista de Filosofía y Letras	Nº 1309, Nº 2, 1998
Revista de Psicología	Nº 2007, Nº 1 y 2, 1998
Revista Científica de Análisis General	Nº 13/24, 1996-1997
Revista de Ingeniería	Nº 7, Nº 1, 1997
Revista de Artes y Letras, Banco	Nº 3301, Nº 2, 1998